

La fiesta de **LA ENCAMISÁ**, máximo distintivo de **TORREJONCILLO** cuyos orígenes nadie ha podido determinar, está cargada de sentimientos y emociones. Tildada de impresionante e irrepetible, se celebra la noche del **7 al 8 de Diciembre**.

Momentos antes de las diez de la noche irrumpen en la plaza alrededor de trescientos jinetes vestidos con sábanas blancas. Portan en la mano el farol que han recibido del Mayordomo y que llevarán a lo largo de la procesión. Al frente de la comitiva el Mayordomo tiene la misión de portar el Estandarte de su Patrona María Inmaculada. A su llegada a la plaza son aclamados por los millares de torrejoncillanos y visitantes que allí les esperan, junto al sonido estremecedor de los escopeteros que lanzan salvas al aire, entremezcladas con el estallido y el resplandor de los cohetes de artificio.

Llega el momento álgido: cuando el viejo reloj de la iglesia hace sonar las diez campanadas, se abre la puerta del templo y, escoltado por un grupo de hombres, sale a la calle el Estandarte de la Virgen Inmaculada. La emoción se deja sentir. Las campanas repican, las escopetas apuntan al cielo descargando cartuchos de

pólvora, los vivas a la Madre, salidos de las gargantas torrejoncillanas invaden el ambiente.

Las manos lanzadas al aire, en dirección al preciado símbolo que va meciéndose y avanzando entre la multitud, provocan que quienes llegan por primera vez queden atónitos ante tal espectáculo. El Estandarte llega, como flotando, a las manos del Mayordomo, quién al recogerlo lo alza y lo ofrece al pueblo para que sea vitoreado y aclamado. A partir de este momento comienza la procesión que recorrerá las calles del pueblo por un itinerario enrevesado, sinuoso y de gran tipismo.

La espera del paso de la procesión se hace más llevadera junto a las hogueras que, a lo largo de todo el recorrido, calientan las frías noches de diciembre. Por fin el Estandarte regresa a la plaza donde el Mayordomo, tras una quema de fuegos artificiales, hace entrega del mismo, en la iglesia abarrotada. A continuación, la Mayordomía invita a todos a vino y a coquillos -dulce típico torrejoncillano-, en un ambiente tejido de alegría y hermandad.

Constantino Cabello Calvo

